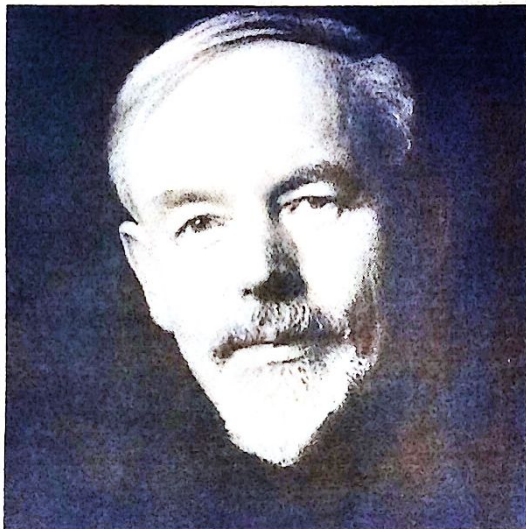




Todo lo que hay que saber sobre la cultura:

Entrevista con D:

El escritor y periodista Carlos Alfieri entrevista al autor de una obra sobre el país de origen (Alemania) ha vendido ya más de un millón de ejemplares



Dietrich Schwanitz

Intentar explicar en poco más de 500 páginas las líneas maestras de la cultura occidental, las claves de su evolución, las zonas de ruptura y las de continuidad con su pasado, parece un tarea irresponsable o imposible. Sin embargo, fue acometida por el profesor alemán Dietrich Schwanitz y el resultado ha sido su libro *La Cultura. Todo lo que hay que saber*, que se convirtió en un insólito best-seller en Alemania, donde vendió un millón de ejemplares. Publicado en España meses atrás por Taurus, alcanza ya la séptima edición.

Se trata de un libro que puede ser objeto de muchos reparos, sin duda, por su inevitable simplificación y también porque erige cánones ciertamente discutibles, pero de entrada conviene decir que no cae nunca en la ramplona banalidad de ciertos libros de autoayuda al uso. No carece de rigor, está impregnado de una irreverente distancia irónica y aclerta a menudo con perspicacia en la detección de los núcleos más significativos de los fenómenos que analiza. Además, desprende una innegable vivacidad.

Tras estudiar filología inglesa, historia y filosofía en las universidades de Münster, Londres, Filadelfia y Friburgo, Dietrich Schwanitz, nacido en 1940, fue profesor de Cultura y Literatura Inglesa en la Universidad de Hamburgo durante casi veinte años, hasta que en 1997 se retiró para dedicarse exclusivamente a escribir. Entre otras obras, ha publicado *El campus*, *La historia cultural inglesa*, *El síndrome Shylock* y *El círculo*. Cansado de comprobar las tremendas lagunas culturales de sus jóvenes alumnos, se decidió a emprender, con *La Cultura. Todo lo que hay que saber*: la redacción de una biblia que abarcara los frutos más preciados de la civilización occidental. Por lo menos, para tratar de compensar, afirma: "el excesivo lugar que ocupa en nuestras cabezas la vida privada de los famosos, porque estamos en una sociedad en la que el bufón se convierte en rey, en la que se produce la carnavalización del conocimiento".

Pero, ¿qué se entiende por cultura en su libro?

—Me gustaría dar una definición que se orienta hacia el concepto de memoria cultural. Eso quiere decir una memoria que, más allá de la memoria personal que uno tiene, también implica una memoria adquirida, que establece asimís-

mo la relación existente entre persona y sociedad. Así, la cultura es una especie de versión simbólica de lo que son el individuo y la sociedad. Eso entronca con la antigua concepción de *Bildung*, entendida como cultura, formación, educación. *Bildung* como apropiación por parte del individuo de la dimensión social.

—Aunque el título —por lo menos en español— no es explícito al respecto, su obra se ocupa sólo de la cultura europea, no de la cultura en general. ¿Es posible dejar de lado a Asia y América, por ejemplo?

—Sí, pienso que es posible, porque sólo la cultura europea ha producido una mutación: la sociedad moderna. Y esta sociedad moderna se estructura según los usos de comunicación entre los individuos. En ella la información tiene un papel relevante.

Éste es un modelo totalmente nuevo de sociedad, que sólo se puede percibir y comprender por medio de una percepción no palpable. Precisamente por ello esta sociedad se ha convertido en el punto de partida de la globalización. Y lo que nosotros vemos ahora mismo en India, en África, en buena parte del mundo, son los síntomas del stress que genera la transformación de las culturas tradicionales en modernas. Por eso entenderemos lo que está pasando allí si empezamos por entendernos a nosotros mismos, puesto que nosotros somos en cierto modo el origen de este proceso que se produce ahora. Por ejemplo, para entender la sociedad india, creo que lo mejor que se puede hacer es estudiar y comprender la Inglaterra del siglo XVIII, más que intentar introducirse ahora en el sistema de castas de la India. Mi libro es conscientemente eurocéntrico, incluyendo en este concepto a América, por supuesto.

—En su esfuerzo por sintetizar y hacer comprensible el vasto edificio de la cultura europea, ¿no teme haber caído en la banalidad?

—No. En la banalidad, realmente, no. En absoluto.

—Al tratar de explicar el desplazamiento del poder de España por parte de Inglaterra y Holanda tras el descubrimiento de América, escribe usted que ese hecho se debió "probablemente porque a diferencia de los calvinistas, los españoles no eran adictos al trabajo sino hidalgos católicos propensos a la siesta". ¿No es ésta una típica afirmación tópica y superficial?

—Sí, lo reconozco digamos que lo he escrito pensando especialmente en una especie de prejuicio alemán que existe sobre los españoles. Pero a partir de ese estereotipo enlazo luego otros razonamientos. Y además tengo un motivo para mí proceder, y es la explicación de la sociedad industrial. Para llegar a ella fue preciso imponer una notable disciplina, erigida sobre la base de una ética del trabajo puritana, que tan bien subrayó Max Weber, con lo cual supongo que el lector ya ha leído sobre este tema, cuando le hable de este ideal monástico, que es lo que se generalizó como puritanismo, ya sabe sobre qué bases se fundamenta este prejuicio que utilizo. Dicho de otra manera: es un estilo coloquial de decir las cosas, y espero que el lector lo reconozca fácilmente así, sabiendo por dónde van los tiros.

—¿A qué atribuye el extraordinario éxito de ventas de *La Cultura* en Alemania?

—A que en mi país hay una gran contradicción entre lo que la gente piensa de sí misma como nación, como nación que ha inventado este concepto de *Bildung*, y la dificultad de procesar el pasado. Y esto ocurre porque ese pasado casi se hundió con la catástrofe del Nazismo, el concepto de nación en Alemania se arruinó totalmente. Ambos conceptos, el de nación y el de *Bildung*, estaban íntimamente ligados: el segundo de ellos era una especie de pedagogía nacional, por lo que llegaba a ser la nación misma. Por eso se hablaba de nación de cultura. Y claro, la gran contradicción que se dio es que la burguesía culta no evitó el fascismo, con lo que la noción de *Bildung* quedó totalmente desprestigiada y fue posteriormente socavada por las revueltas estudiantiles de finales de los años 60, sin que se encontrara una sustitución para ella. Pero aún así no se dejó de lado por completo el concepto de *Bildung*, y continuó vigente un cierto imperativo social: "Tienes que ser culto, tienes que tener *Bildung*". El problema es que no se le dice claramente a los jóvenes y a la gente en general qué es eso, qué tienen que saber para ser cultos. Creo que mi libro vino a satisfacer esa demanda acerca de la cultura, lo que explica su éxito.

—Usted hace hincapié en la necesidad de establecer una relación viva con la cultura. Por eso me asombró bastante que haya excluido al cine de su libro.

—Hay una razón pragmática por la cual he excluido ese ámbito. De lo que me he ocupado en mi libro es de aquello que sé, por experiencia docente, que ya no pertenece a la cultura de los jóvenes. Si no me ocupé del cine es porque los jóvenes están muy bien informados al respecto; yo me podía ahorrar ese trabajo.

—Aun comprendiendo el enorme esfuerzo de síntesis que tuvo que llevar a cabo, ¿cómo es posible que ni siquiera nombre a figuras como Quevedo, Elliot,